

Sábado 27 de marzo de 2010, por la tarde.  
Restaurante Sa Badia.  
Ciudadela, Menorca.

Además de un tipo listo, Pau era un hombre con una imperiosa necesidad por satisfacer. Si la casa familiar estaba vetada por decreto Murphy y su propia casa no era una alternativa por razones obvias, ¿dónde se suponía que podrían pasar un rato juntos y a solas?



Dio un sorbo al café doble que acababa de servirse, confiando en que hiciera efecto y sus hiperexcitadas neuronas le ofrecieran una solución al problema. En cualquier otra parte del mundo habrían pasado la noche a cuerpo de rey en un hotel de cinco estrellas, pero estaban en Menorca, la tierra de los Estells. Al día siguiente, lo sabría todo el mundo y su relación estaría en boca de todos. Descartada la opción hotel, ¿qué quedaba? Tenía amigos a quienes podía pedirles un favor, pero volvía a estar en la

casilla uno: eso revelaría que estaba manteniendo una relación con alguien y, para peor, que deseaba ocultarla. Un secreto entre tres no era un secreto. Al fin, una idea un tanto descabellada apareció en su mente. Iba a resultar embarazoso gestionarla, pero de todas las opciones que se le habían ocurrido hasta el momento, le parecía la más acertada.

Lucía Oriol Martí dejó sobre la mesa el dossier que le entregó su secretaria, y consideró lo que acababa de oír durante un instante. Uno que a Pau se le hizo eterno.

—A ver si te he entendido bien, ¿quieres usar mi piso de soltera como un picadero?

Pau sintió que un ola de fuego lo envolvía desde la base de los pies hasta el último pelo de la cabeza. De hecho, instintivamente, se dio la vuelta de espaldas a la clientela que conversaba en la barra, convencido de que se había puesto rojo.

—Madre, por favor... No tenía algo así ni siquiera cuando estaba en edad de tenerlo.

Lucía tuvo que sonreír.

—No sé qué te traes entre manos, cielo... Bueno, obviamente sí lo sé, lo que no acabo de entender del todo es que necesites mi piso para llevarlo a cabo, pero si te sirve, ya sabes que lo mío es tuyo.

Pau volvió a sentir que se prendía fuego. Aquel tono, viniendo de su madre, era casi como si se estuviera riendo en su cara.

—Sólo buscamos un poco de privacidad.

—¿Buscamos? Creí que esto era cosa tuya.

—Bueno, sí, claro, es cosa mía... Pero ¿qué quieres que haga? Seguro que si me aparezco con ella del brazo en un hotel, se disparan todas las alarmas. Y ya sabes lo que pasa cuando en esta isla empiezan a sonar alarmas...

Lucía estuvo a punto de echarse a reír al oír el tono de desesperación de Pau. Siempre se había sentido orgullosa de él, pero en el aspecto sentimental las cosas no le habían salido bien. En su primer intento, se había equivocado de persona. Ahora había hecho la elección perfecta, una mujer inteligente con la cabeza muy bien amueblada que no tenía ningún inconveniente en expresar sus deseos con claridad meridiana. Lucía sospechaba, aunque él no lo hubiera dicho y ella no fuera a preguntárselo, que Tina estaba detrás de esta inusual petición.

—Haré que suspendan el anuncio de alquiler por el momento —le dijo—. Ven a buscar las llaves cuando quieras.

Pau respiró aliviado. ¿Acabaría aquel día en una increíble, alucinante, esperadísima noche íntima con la mujer de sus sueños? Dios, no podía esperar para contárselo a Tina.

—Muchas gracias, mamá.

—Vaya, ¿ya no soy “madre”, sino “mamá”? Cómo sois los hijos... —se despidió Lucía.

Y no sonó a crítica, sino a lo que fue; una observación cariñosa de una madre contenta del cariz que estaba tomando la primera relación sentimental que su único hijo mantenía tras el divorcio.

---

† Casa o apartamento que alguien dedica a sus encuentros eróticos de carácter reservado.

\* \* \* \* \*

Hacía un buen rato que el restaurante había cerrado sus puertas y Pau estaba dando carpetazo a los últimos asuntos antes de ir a recoger a Tina. Al ser sábado por la noche, le había costado convencer a la canguro de que se quedara con Alba una hora más, pero lo había conseguido. Desde que su madre le había dado luz verde para usar su antiguo piso de soltera, una enorme excitación lo había invadido y apenas podía pensar en otra cosa. Por primera vez en su vida tenía todo lo que deseaba. Había recuperado a su hija, dirigía el grupo de empresas, había encontrado el amor y, para rematarla, la mujer de la que se había enamorado estaba en la isla. Se sentía el tipo más afortunado del planeta.

Unos golpes lo sacaron de sus ensoñaciones románticas y Pau se dirigió a la puerta de servicio.

—¿Quién es?

—¿Esperas a muchas personas a estas horas de la noche...? —repuso Tina.

La puerta se abrió en un santiamén y él, olvidándose de todo protocolo, la rodeó con sus brazos y le dio la bienvenida con un beso apasionado.

Un beso al que ella respondió con igual pasión. Llevaba toda la tarde pensando en Pau, deseando volver a verlo.

—¿Qué tal la visita turística? ¿Lo habéis pasado bien, les ha gustado? —preguntó él entre beso y beso.

—Sí, les ha encantado... Y yo lo habría pasado mucho mejor si hubieras estado tú.

—Y yo. Lo sabes, ¿verdad? Me habría encantado ir contigo, pero he tenido que conformarme con pensar en ti *tooooooda* la tarde...

Él tiró de Tina suavemente hacía el interior del edificio, cerró la puerta, y sin mediar palabra, continuó dando rienda suelta a su pasión.

—Así que ya has resuelto nuestro problema... —susurró ella, casi en un jadeo, sobre los labios de Pau.

Él exhaló un suspiro cargado de fuego que la quemó entera.

—Diossss... Sí, Tina... Ya tenemos nuestro rincón romántico, pero ¿tú crees que llegaremos?

Ella ya le estaba desabrochando el cinturón. Abandonó sus labios temporalmente para echar un vistazo a lo que hacía, lo cual no sirvió de mucho debido a que el pasillo estaba en penumbras.

—Me parece que no... —dijo cuando ya le había bajado un poco la cremallera.

—Dios, cuánto te he echado de menos....

—¿A mí o al sexo de película que tienes conmigo? —Puso sus brazos alrededor del cuello del menorquín, mirándolo con picardía.

En realidad, bromas al margen, cada día sin Pau había sido una auténtica locura. Una mezcla de desazón, ansiedad y soñar despierta con él y con aquellos besos que la devolvían a la vida incluso en el recuerdo.

Pau la estrechó fuerte, apretó los párpados incapaz de creer que aquello fuera cierto, que se tratara de ella, que estuviera allí.

—A ti, princesa, a ti... Tus miradas, tus ocurrencias, tus caricias...

Tina lo apartó fingiendo indiferencia.

—Ah, bueno, si tus necesidades no son tan urgentes, ¿qué tal si cenamos algo antes? Estoy famélica.

Los dos rieron ante una nueva ocurrencia.

—Famélica de mí —repuso él y volvió a atraerla contra su cuerpo—. Tanto como yo de ti.

Tina no se hizo rogar. Mientras una mano lo tomaba por la nuca y ella se adueñaba de su boca, otra mano se internó dentro del boxer.

—¿Y ese rinconcito romántico? Cuéntame más...

Pero no dejó de besarle ni de acariciarlo. Ni Pau dejó de suspirar, cada vez más excitado. Así eran sus preludios, una versión caliente de sus conversaciones normales cuando no había sexo de por medio.

—Es un piso de la familia. —Exhaló un suspiro cuando ella bajó la cinturilla del boxer, liberando su miembro—. Ay, princesa, sí.... Amueblado, recién pintado y... —soltó una bocanada de aire caliente cuando ella lo empuñó fuertemente—. Listo para usar.

—Tú sí que estás listo... Para un buen polvo —susurró ella, mordiéndole los labios. La pareja volvió a enredarse en otro largo beso apasionado.

—Vaya, así que un piso de la familia amueblado y recién pintado... Qué conveniente. Eres un tío de muchos recursos. Me gusta —y con esas, se quitó el vestido que cayó al suelo, a su lado. Lo siguiente en caer fue el sostén. Sin dejar de mirarlo, dejó que sus manos resbalaran insinuantes sobre sus propios pechos desnudos.

Él se dobló sobre ella y hundió la nariz en el canalillo envuelto en un suspiro de fuego. Con los gemidos de Tina a modo de banda sonora, lamió sus pezones hasta ponerlos duros, y a continuación, empezó a empujarla con su cuerpo hacia el despacho. Avanzaron con torpeza, haciendo repetidas paradas de emergencia. Cuando estaban piel contra piel, las emociones los desbordaban.

—Para. Hagámoslo aquí.

Pau, sin embargo, reanudó la marcha.

—En el despacho —susurró él, abandonando los labios de Tina solo lo necesario para hablar.

—¿Qué pasa con la pared?

Él empujó la puerta de su oficina y volvieron a enredarse en otro toma y daca caliente.

—¿*Qué pasa con la pared?* —insistió ella—. ¿Estás cansado?

Él la despojó de la ropa que aún vestía con brusquedad apasionada. Ella hizo lo mismo con él y cuando estuvieron desnudos, Pau vació el escritorio con un brazo al mejor estilo película de Hollywood. Sonrió cuando Tina se estremeció de deseo.

—Ya veo que no... —concedió ella en un murmullo.

Todo estaba a punto, pero Pau aún se tomó unos instantes para deleitarse a fondo del momento. Significaba tanto para él que Tina estuviera en Menorca...

—¿Estás aquí, de verdad? ¿Eres tú? —susurró, tomando la cara de Tina. Sus ojos recorrieron sus facciones, disfrutando y a la vez dudando si todo aquello no era producto de su imaginación.

Era ella, sí. Aunque para ser totalmente sincera, no era la misma de siempre, sino una versión renovada, mucho más loca y osada. Mucho menos racional.

Enamorada como nunca del mismo hombre de siempre, él. El único capaz de hacerle perder la cabeza. De impulsarla a cometer locuras como la de presentarse en Menorca, arriesgándose a exponer la relación que mantenían, hasta ahora a espaldas de todos. El único capaz de hacerle sentir la vida vibrando en cada célula, intensa, real.

Él. Siempre él.

Tina empezó a deslizarse lentamente hacia atrás sobre el escritorio hasta quedar apoyada sobre los codos. Rodeó las caderas del menorquín fuertemente con sus piernas.

—Qué problema si no fuera yo, ¿lo has pensado? Estás desnudo, empalmado y con todos tus millonarios proyectos desparramados por el suelo.

Él siguió la mirada femenina que con un punto de diversión malévolo repasaba el estropicio de papeles y demás objetos de escritorio.

Cuando la mirada de Tina regresó a Pau había doblado su carga de deseo.

—O soy yo, o has tenido un brote psicótico. Elige.

—*Diossssss* —murmuró él, mientras le robaba besos incendiarios—, trabajar en este despacho nunca volverá a ser lo mismo.

© 2018. Patricia Sutherland.

*Momentos Especiales. Pau & Tina.*

[www.jeraromance.com](http://www.jeraromance.com)